



EDITORIAL. REVISTA VIRTUAL REDIPE: AÑO 7 VOLUMEN 5

RECIBIDO EL 5 DE MAYO DE 2018 - ACEPTADO EL 5 DE MAYO DE 2018

¿PARA QUÉ EDUCAMOS?

Pedro Ortega RuizDirector Red Internacional de Pedagogía de la
Alteridad

portega@hotmail.com

“En lugar de hacer explícitas las asimetrías, las violencias, las coacciones y el dominio que configuran las relaciones en el trabajo y la escuela, se simula un paraíso de educación supuestamente no directiva, porque los alumnos evalúan y critican permanentemente los procedimientos, sin poder decidir nada respecto al sentido y la finalidad del dispositivo educativo mismo” (Zamora, 2017, 30). Esta afirmación somete a debate nuestro discurso educativo, pretendidamente autónomo y ajeno a condicionantes socio-políticos. Y no sólo nuestro discurso es puesto en cuestión, sino la institución misma de la escuela. Hay una pregunta inquietante a la que es preciso responder desde la honestidad de quienes buscan formar ciudadanos *responsables*, es decir personas que asumen la ética como norma de vida. ¿A quién beneficia o interesa nuestro discurso y nuestra práctica educativa?

Es evidente que tanto en el discurso como en la praxis educativa ha faltado un análisis crítico de lo que estamos haciendo. Hemos dado por buenas nuestras prácticas y hemos asumido un discurso pedagógico pretendidamente democratizador de la vida ciudadana. Nos hemos movido entre la contradicción de ayudar

a la formación de personas autónomas y libres, por un lado, y la adaptación sumisa al orden existente, por otro. Ello ha derivado en una síntesis perversa: la del *empoderamiento para la adaptación*. La voracidad del sistema socio-económico imperante es ilimitada, y su poder configurador de la sociedad abarca todas las instituciones y esferas de la vida ciudadana. Nada escapa a su control. La escuela se convierte, de este modo, en el instrumento idóneo para la preparación de individuos como portadores de conocimientos y habilidades, un capital humano indispensable para la mejora de los procesos de producción; y los profesores, meros ejecutores de programas previamente diseñados por instancias fuera de su control. Los programas implantados en las aulas promueven el autoaprendizaje, autogobierno, autonomía... Pero se oculta que el fomento de autogobierno y autonomía está condicionado siempre por el marco en que ha de ejercerse. La escuela, de este modo, se convierte inevitablemente en una empresa de servicios. En estas condiciones es muy dudoso que sea posible educar. Cuando la educación también es sometida a este imperativo (dinero), y ya no se busca la humanización del mundo, el “valor” de educar se desvanece, y en lugar de formar ciudadanos se preparan buenos



“clientes” del mercado.

Es obvio que detrás de cada propuesta de educación ético-moral hay una determinada concepción del hombre y del mundo; que no hay discurso pedagógico y praxis educativa que sean neutrales. En educación siempre se viene de algún sitio (presupuestos teóricos) y se va hacia algún lugar (metas u objetivos). Proponer actuaciones educativas sin explicitar el trasfondo teórico del que parten es una forma taimada de hurtar a los profesores y educandos las herramientas necesarias para criticarlas y evaluar su idoneidad. Los educadores necesitan saber la naturaleza de los instrumentos que se ponen en sus manos para implementar actuaciones coherentes con los fines que pretenden. Y esta labor está muy lejos de realizarse. Es habitual encontrar estrategias educativas que favorecen el trabajo individual en las aulas cuando se persigue el desarrollo de actitudes y habilidades en los alumnos para el trabajo en equipo; o utilizar técnicas para el desarrollo intelectual cuando se busca favorecer la empatía y la solidaridad entre los alumnos. En no pocas propuestas educativas hay una preocupante amalgama de estrategias que, al mezclarse, no se sabe bien qué objetivos buscan, con lo que la acción educativa se convierte en un “ir y venir” sin coherencia ni sentido.

Hay preguntas insoslayables a las que es necesario responder en educación: ¿Qué hay detrás de una determinada propuesta educativa?, ¿qué tipo de hombre y mujer persigue?, ¿qué sociedad? Sin responderlas, la acción educativa se hace arbitraria y recurrente. Cuando la educación institucional se ha convertido en la preocupación principal de la sociedad, y ha penetrado todos los ámbitos de la vida individual y social; cuando se le ha encomendado la “solución” de todos nuestros problemas de convivencia, hasta el punto de considerar que la educación lo es todo, el

discurso pedagógico le sigue hurtando a la sociedad las claves desde las cuales se pueden y se deben interpretar las propuestas educativas. Con ello se da a entender que en educación se está ante un “todo” uniforme en el que no caben fisuras, ni otros enfoques distintos. En todo caso, que cualquier oferta educativa persigue unos mismos objetivos. Y se está muy lejos de ello. Esta tendencia refleja la existencia de un discurso pedagógico que separa la antropología y la ética de la educación, como si ésta fuese posible sin aquellas. Con ello se cae en un “didactismo” que reduce el discurso a la mera implementación de estrategias, a la aplicación de técnicas innovadoras que hagan más eficaz el aprendizaje de saberes y competencias.

Vivimos inmersos en un conjunto de problemas económicos, ambientales, políticos y religiosos para cuya solución sólo se buscan respuestas en la formación de individuos capaces de innovar, aprender, cooperar, dialogar..., pero sin cuestionar las raíces socio-políticas que los producen. La visión que se presenta de la escuela la presentan como una entidad autónoma, no condicionada por mediación social alguna, incapacitándola con ello para ser agente de crítica y transformación de la realidad social. Desde este modelo de escuela, y de educación, la capacidad de transformación social que vendría de manos de la educación es más afirmada y deseada que argumentada e implementada. La educación ético-moral que se lleva a cabo en nuestras aulas no escapa a este diagnóstico. Los problemas reales de la sociedad y de los alumnos, la situación o contexto en el que estos viven, sus aspiraciones y necesidades no suelen entrar en las aulas, ni constituir contenido necesario en la acción educativa. Están más bien “sometidos” a la disciplina de programaciones curriculares que les son ajenas y extrañas, alejadas de la urdimbre de su vida. Y la educación moral no es sólo “pensar” sobre lo que es bueno o malo, o sobre lo que debo hacer, sino preparar para responder, desde la



ética, a las necesidades del otro y de los otros en su situación concreta. Preparar a “no pasar de largo” frente a los problemas que afectan a los otros y hacerlos propios desde la justicia y la compasión solidaria.

Por ello considero indispensable juzgar críticamente los modelos a partir de los cuales implementamos una acción educativa. No todos nos llevan al mismo sitio. Las éticas “ilustradas” de raíz kantiana han propiciado una educación “idealista” que sobrevuela los problemas reales a los que la sociedad se debe enfrentar. En este modelo cognitivista de educación sólo se contempla al ser humano ideal, abstracto, universal, pero no al hombre y mujer que vive en una circunstancia o situación concreta. La educación no contempla al hombre como ser abstracto, universal, sino a éste y a ésta que vive aquí y ahora, en una circunstancia concreta, histórica. Es éste y ésta quienes esperan del educador una respuesta a su pregunta: ¿quién soy para ti? Y la respuesta sólo se puede enmarcar en la ética, si hablamos de educación.

Constato con preocupación la pereza intelectual (por no decir frivolidad), con la que se trata a la antropología y a la ética en el discurso educativo. Quiero pensar que se debe más al desconocimiento que a una voluntad de prescindir de toda reflexión seria sobre lo que estamos haciendo. Con ello se produce un discurso débil muy fácil de ser utilizado con fines no precisamente educativos. La mirada ética, es decir responsable, es inherente a la tarea educadora. Sin preguntarnos por el otro, desde la responsabilidad, se cae en el adoctrinamiento. Se es incapaz de establecer la mínima distancia crítica para juzgar si lo que hacemos responde a una finalidad educativa o sirve a otros fines no confesables. Ética y educación son inseparables, están necesariamente unidas.

Por otra parte, he podido comprobar la extrañeza que produce hablar de antropología entre los docentes. Lo consideran un discurso propio o

exclusivo de los filósofos. Están más interesados en aprender o innovar estrategias de aprendizaje de conocimientos y competencias, sin mostrar interés alguno por descubrir a dónde conducen aquellas. Se muestran incapaces de indagar qué hay detrás de aquello que enseñan. Carecen de una mirada ética en su quehacer educador. De este modo, se camina a ciegas, sin rumbo ni orientación. Y la vida de cada uno de nuestros alumnos es demasiado valiosa como para jugar con ella. Lo que hoy es nuestro mundo, y lo que será mañana, depende, en gran manera, de lo que hoy hagamos con las generaciones que están a nuestro cargo.

La pregunta por el hombre, por éste y ésta que tenemos delante, mi responsabilidad hacia él y ella, quién es y de dónde viene, qué espera de mí, es una pregunta que constantemente debiera asaltar a todo educador. Sin hacerse esta pregunta, y responderla desde la ética, se hace imposible educar. Sólo así convertiremos la acción educativa en una acción *humanizada* y *humanizadora*. Es necesaria, y urgente, una educación que se aleje de prácticas “ocurrentes” que no se sabe de dónde vienen ni a dónde van. “No perdamos más tiempo en implementar nuevas estrategias, porque el problema en educación no es *cómo* enseñar, sino *qué y para qué*. El problema es la ausencia clamorosa de un soporte ético y antropológico, mínimamente elaborado, que dé sentido y coherencia a la acción educativa. Y sin un soporte *definido* en la educación, se cae inevitablemente en la “ocurrencia” y en la arbitrariedad” (Ortega y Gárate, 2017, 204).



REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Ortega, P. y Gárate, A. (2017) *Una escuela con rostro humano* (Cetys-universidad, Mexicali, B. C.).

Zamora, J. A. (2017) El “valor” de educar: una aproximación a la relación entre educación y ciudadanía, Conferencia en el XIV Congreso Internacional de Teoría de la Educación: *La educación ante los retos de una nueva ciudadanía*, 21-23 de noviembre de 2017, (Edic. Universidad de Murcia), pp. 15-33.